

Yolanda Oreamuno: el derecho a pensar

Yadira Calvo

Escritora
Costa Rica

RESUMEN

En 1938, al participar en el concurso organizado por el Colegio de Señoritas, Yolanda Oreamuno, con 22 años de edad y en calidad de ex alumna, respondería a la consulta de esa importante institución de educación femenina costarricense: *Medios que Ud. sugiere al Colegio para liberar a la mujer costarricense de la frivolidad ambiente*. Si bien no obtuvo un primer lugar en el concurso, cuando su respuesta fue publicada por el Editor del *Repertorio Americano*, Joaquín García Monge, se rebelaría en el escrito y en la personalidad de la autora, una insoslayable posición de crítica al destino previsto para las mujeres en la sociedad patriarcal.

Palabras claves: Yolanda Oreamuno, pensamiento femenino, pensamiento feminista.

ABSTRACT

In 1938, Yolanda Oreamuno, 22 years old, as a graduated woman from the Colegio Superior de Señoritas, took part in an opinion pool contest, organized by that paramount Costa Rican women school. The inquire was: *What are the means that you suggest to the School to free Costa Rican women from frivolous influences*. Yolanda's response did not reach any of the contest first places. However, when her writing was published by Joaquín García Monge, Editor of *Repertorio Americano*, Yolanda's response would reveal, as well as her personality, her unavoidable critique to the female destiny in patriarchal societies.

Key words: Yolanda Oreamuno, female thought, feminist thought.

En 1938, para festejar el cincuentenario del Colegio de Señoritas, se celebró un Congreso Femenino de Educación, organizado por Ángela Acuña, Esther Castro de Tristán y otras integrantes de la Liga Feminista. Algunas de las ponencias, supuestamente las mejores, fueron publicadas por la *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales* (julio a diciembre 1938, N° 3 y 4, t. III). Por ellas podemos juzgar el tono general del Congreso. Claudia Cascante, profesora del Colegio de Señoritas en ese entonces, puso como ejemplo de feminidad a la Mujer de los Proverbios: teje, reza, ama, es dulce, fuerte, sumisa, oportuna y perdonadora, e impulsa al marido desde el rincón del hogar.

Virginia Albertazi Herrera critica severamente las leyes discriminatorias como la fijación del domicilio y la patria potestad, pero reivindica sin embargo la misión de la maternidad como una verdadera profesión para las mujeres.

Virginia Loría proclama la necesidad de educar a las mujeres para que sean mejores amas de casa que hagan de su cocina un arte y una ciencia; para que conviertan su misión en sacerdocio, haciéndose acreedoras al trono donde se las ha colocado como reinas. Ángela Acuña recomienda a las mujeres entregarse con fervor a las cosas del hogar y a lo que ella denomina la técnica laboriosa de ser madre, el perfeccionamiento de los códigos morales, para ennoblecer el amor y mostrar al hombre su verdadero rumbo ante el trabajo y las pasiones.

Todas ellas se adhieren a un ideal patriarcalista que subordinaba a las mujeres a las necesidades de los hombres. Era el ideal del *ángel del hogar*. A ese tipo de ideas, en la última década del siglo XIX, en América Latina se le llamaba “el feminismo de las bonitas”, y se definían como un *sistema* que trataba de que “la mujer fuera más mujer”, con lo que querían decir que se preparara para desempeñar de la mejor manera lo que entonces llamaban “los deberes propios de su sexo”.

Esto, obviamente, en oposición al “feminismo de las feas”¹ que no era otra cosa que el verdadero feminismo, el que pretendía cambiar de manera efectiva la condición de las mujeres.

Al principio no faltaron algunos furibundos que se refirieron a las congresistas como “esas locas que se trepan a decir disparates”, pero al fin proliferaron los artículos plenos de elogios cuando cayeron en la cuenta de que aquellas “locas” no habían dicho ningún disparate que no sostuvieran ellos mismos: los que pregonaban la Iglesia, la Escuela y la Tradición.

1 Sobre el feminismo de las feas y el de las bonitas, ver Robert Jay Glickman, *Vestales del templo azul*, p. xxxv.

Ya respirando tranquilos, algunos articulistas echaron a volar las campanas porque las mujeres, según ellos decían, no pretendían “eclipsar las glorias conquistadas por el hombre, ni menospreciar sus méritos”, sino ser más bien dignas compañeras, consejeras, merecer su más alta estima, “darles hijos sanos, robustos y bien encarrilados en la senda del deber”.

Todo esto es importante a la hora de analizar el pensamiento de Yolanda Oreamuno (1916-1956), porque este es el contexto mental en el que inicia sus colaboraciones al Repertorio Americano.

En 1938, o sea en el mismo año del Congreso de Educación, el Colegio de Señoritas realiza un concurso literario con el tema *Medios que Ud. sugiere al Colegio para librar a la mujer costarricense de la frivolidad ambiente*. En ese momento, Yolanda tiene 22 años y es ex alumna de ese Colegio. Es la época en la que, en palabras de Lillia Ramos, “sacude el ambiente de las letras y de las artes y, al mismo tiempo, es vedette en las crónicas sociales”(1978:s/p).

Como era de esperar, Yolanda participa en el concurso del Colegio, aunque obtiene sólo un cuarto o quinto lugar. Poco después envía su texto a García Monge con el título *¿Qué hora es?*. Lo fecha en San José el 31 de agosto y lo acompaña de una nota en que asegura creerse “en la obligación de suplicar al Repertorio Americano le dé cabida en sus columnas...”.

Yo encuentro en este ensayo una interesantísima posición de la autora, en la que aprovecha la coyuntura para criticar todo lo criticable y atacar por igual a moros y cristianos.

Como afirmó José Marín Cañas, ella adquirió muy pronto “su posición mental, que era como una posición física hecha pensamiento”, porque “poseía un talento inquieto y una avidez curiosa y una sensibilidad amarga”(Citado por Urbano, 1968, s/p).

Yolanda se erige en voz disidente, cuando señala la incoherencia entre la educación formal y el destino previsto para las mujeres; y cuando critica a unas feministas que, a su modo de ver, buscan reivindicaciones *políticas*, sin haber conseguido para las mujeres otra cosa que el de ponerse tacones bajos y cortarse el pelo.

Siento que Yolanda resulta injusta en esa crítica, así como cuando afirma que “el éxito de trabajar a la par del hombre y de votar en algunos países” no son logros conquistados por las mujeres sino “simples resultantes del desenvolvimiento industrial”. En cierto modo, esta actitud parece insolidaria con las luchas por el sufragio femenino que en 1938, llevaban ya unos catorce años en el país.

Aún antes, a sus dieciséis años, había publicado en la *Revista Costarricense*, su primer ensayo conocido (Sánchez, *La Nación*, 6 abril de 2008) “¿Puede la mujer tener los mismos derechos políticos que el hombre?”.

En él había dicho: “La mujer que quiera sentarse en las sillas del Congreso, la que quiera vivir esa vida agitada y pujante de la política, que selle las puertas de su casa y anule su personalidad”. Esto demuestra, como señala Alexander Sánchez Mora, “una adscripción total al discurso patriarcal sobre los roles de sexo o género”. Pero también Carmen Lyra, en 1933, había declarado que el feminismo era “absurdo”. Para ella, la única lucha válida era “la de la clase trabajadora oprimida por la riqueza de unos pocos”. (Lyra, 1999:459)

En *¿Qué hora es?*, o sea, seis años después de sus primeras declaraciones sobre el sufragio, Yolanda precisa más su posición, asumiendo más bien una idea muy semejante al que manifestaba en España Emilia Pardo Bazán, hacia 1892, cuando exponía el ideal de que “la mujer se baste a sí misma y no dependa de nadie”(1976: p. 108).

Para Yolanda, el feminismo será “por fuerza” equivocado “mientras no le quite a la mujer el prejuicio de que el hombre debe mantenerla y mientras no borre de su masa cerebral “el miedo a decir, el decir mal, y la deliberada tendencia a ignorar todo lo que no sean nuestros mediocres y pequeños problemas individuales”. Según su planteamiento, la verdadera liberación de la mujer es la del intelecto, y consiste en darnos cuenta de que somos capaces de pensar, de juzgar y de razonar.

El hecho mismo de participar en un concurso cuya premisa sostiene que “la mujer costarricense” es presa de la frivolidad, indica que la autora comparte la idea de que las mujeres son frívolas, pero lo atribuye a un efecto de su situación social.

El modo en que se manifiesta la frivolidad, a su juicio, es mediante un tipo humano que ella llama la “interesante”, que pretende saberlo todo; sucesora de la antigua “modosita”, que afectaba no saber nada. Ambas son hogar —dice ella hogar— dos caras de una misma moneda de ignorancia e incapacidad. Un dúo de excrecencias del ambiente.

Es el falso sentido de independencia y de libertad, el desequilibrio entre la esclavitud mental y los “nuevos derechos”. Yolanda aclara que “no combate el derecho de “ser interesante” sino la manía de parecerlo. Para ella, el único remedio contra la frivolidad es forjar la verdadera personalidad femenina:

una personalidad equipotencial, nunca igual a la del hombre, que nos faculte para escoger rutas cuando hay cerrazón de horizontes. Un estado de espíritu de solidez tal que nos convierta en compañeras y no en esclavas, acusadas o encubiertas, del hombre (*Repertorio Americano*, XVI, N° 2, 1938)

A partir de aquí, dirige sus baterías contra la escuela, contra el hogar y contra el ambiente. Por *ambiente* entiende, en otro de sus ensayos publicado en el mismo año, (“El ambiente tico y los mitos tropicales”): “la atmósfera vaga pero definitiva que van haciendo las costumbres familiares, el vocabulario de todos los días, la política local, el modo de vivir y la manera de pensar (que frecuentemente son antípodas)”.

El hogar —afirma Yolanda— debería orientar desde la primera infancia, pasando por los años de estudio, a todas las muchachas con el fin de que se hallen a sí mismas, con el propósito de que sean algo en la vida, no sólo para la satisfacción personal.

También con el objeto de que sean elementos realmente útiles de la sociedad, nunca delicados y bellos parásitos. Pero en la familia, tal y como ella la describe, el padre tiene una autoridad desmesurada, y a hija está sujeta a la obediencia irrestricta, el respeto irrestricto, y la tutela intelectual y moral a perpetuidad. Todo esto como consecuencia de la incomprensión de los deberes y derechos paternos, y de la dependencia económica forzosa de la mujer durante el período que no puede producir, sino solamente recibir. Período que por desgracia —dice ella— muchas veces ocupa toda una vida. El resultado es que la muchacha se acostumbra a que otro (el padre primero, después el esposo) piense y luche por ella.

De más está decir que este era el ideal femenino de la época. Víctor Valembouis afirma de “El ambiente tico y los mitos tropicales”, que resultó ser no sólo “provocativo” sino incluso “explosivo”, y dice de su autora que vive todavía “no solo como figura literaria”, sino como “el prototipo de Juana de Arco tropical”².

Esto resulta más verdad si se toma en cuenta que, como señala Grace Prada, “Yolanda Oreamuno levantó el vuelo de escritora en un medio intelectual que no era favorable a las mujeres y que arremetió contra aquellas que cambiaron el fogón por la pluma” (Prada, 2005:121).

2 Víctor Valembouis, “Actualidad cosmopolita del concepto de ‘proximidad’ de Yolanda Oreamuno”, texto facilitado personalmente por su autor.

Al ideal de dejar que otros piensen por ella, atribuye Yolanda en *¿Qué hora es?*, la frivolidad de las mujeres, que, a su juicio, les “impide ostentar verdadera dignidad”. Porque para ella no hay dignidad sin conciencia, la suprema conciencia está en asumir con pleno conocimiento de causa las responsabilidades que da la vida al enrollar a un ser en su corriente, sea hombre o sea mujer.

En cuanto al colegio, Yolanda acusa a la educación formal de carecer de vitalidad, no capacitar para la vida práctica, e impedir a las alumnas convertirse en parte sensible y consciente de la sociedad. Ella se pregunta: si se educa para un fin, porque la educación no es un fin en sí misma “¿para qué se educa a las mujeres? Y asume que ni padres ni alumnas saben para qué. Como resultado, el paso por las aulas se convierte en un paso entre el desarrollo de la muchacha y la colocación definitiva en las manos de un hombre que quiera hacerse cargo de ella; es decir, el marido.

Carente de orientación verdadera, —dice Yolanda—, la mujer sólo tiene un incentivo para el estudio: la buena nota, la memorización, el aprendizaje muerto. Así es como la intrascendencia, la frivolidad, germinan en terreno abonado. Si ella es pobre, el colegio no le sirve porque sale de él al taller o al mostrador; si es de clase media, ella no sabe si va al colegio a pasarlo bien o le sirva también para estudiar; y si es rica, como no tiene urgencias, tiene tiempo hasta para pensar. Si saca malas notas y el papá es liberal, va a Estados Unidos después de estrenarse en el Nacional y de regreso “posiblemente escoja con quién casarse”.

El matrimonio hogar —a juicio de Yolanda hogar— es la última y definitiva etapa en la vida de las mujeres, después de la familia y el colegio. Aquí se presenta la desconexión definitiva de toda inquietud intelectual y también es “un tránsito dedicado a gastarlo en la forma más alegre y conveniente”. La ‘caza del marido’ como actividad primordial, consecuencia de la educación recibida en anteriores etapas, termina por anular la verdadera personalidad: el sentido de los deberes, la sana ambición, el ejercicio justo de los derechos, las nobles inquietudes, el conocimiento del propio ego.

Yolanda fustiga a plena conciencia, “sin remilgos”, —como señala Victoria Urbano— cuando ataca derecha y certeramente los convencionalismos, la hipocresía o las flaquezas de sus compatriotas”. Como dice Urbano, hace gala de una independencia intelectual sorprendente, sobre todo si se toma en cuenta que ella es producto de ese ambiente estrecho y provinciano que nos describe, y porque, precisamente, cuando hace todos esos comentarios, tiene alrededor de veinte años y es todavía una “hija de familia”(Urbano, 1968:61), lo que equivale, para Yolanda, a “estar sujeta a la tutela intelectual y moral” de sus mayores “a perpetuidad”.

Según considera Rima de Valbona, el ensayo *¿Qué hora es?*, “no mantiene solidez de pensamiento ni de estilo y da la impresión de haber sido escrito sin plan alguno”(1972:55).

Yo, por lo contrario, lo encuentro muy sólido en su pensamiento. Yolanda, a sus veintidós años está a la vez criticando la escuela, la familia, la sociedad, y su producto, la frivolidad femenina. Y al hacerlo, se coloca en la posición del modelo de mujer que propone: sin miedo a decir; consciente de su capacidad de pensar, juzgar y razonar; ejerciendo su derecho a formular libremente su opinión y a establecer su propia ruta de pensamiento. No por casualidad Yolanda usa EGO como pseudónimo en este ensayo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

De Valbona, Rima (1972). *Yolanda Oreamuno*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

Glickman, Robert Jay (1996). *Vestales del templo azul*. Notas sobre el feminismo hispanoamericano en la época modernista. Canadá: Canadian Academy of the Arts.

Lyra, Carmen (1999). *Relatos escogidos*. San José: Editorial Costa Rica, 1999.

Oreamuno, Yolanda (1961). *A lo largo del corto camino*. San José: Editorial Costa Rica.

_____ (1938). Medios que usted sugiere al colegio para librar a la mujer costarricense de la frivolidad ambiente. En: *Repertorio Americano*, XVI, N° 2, 31 de agosto.

Prada Ortiz, Grace (2005). *Mujeres forjadoras del pensamiento costarricense*. Ensayos femeninos y feministas. Heredia: EUNA.

Pardo Bazán, Emilia (1976).. *La mujer española*. Madrid: Editora Nacional.

Ramos, Lilia (1978). *Fulgores en mi ocaso*, San José: Editorial Costa Rica.

Sánchez Mora, Alexander “Tras el mito de Yolanda Oreamuno”. En *Áncora*, La Nación, Costa Rica, Domingo 6 de abril de 2008.

Urbano, Victoria (1968). *Una escritora costarricense: Yolanda Oreamuno*. Ensayo crítico. Madrid: Ediciones Castilla de Oro.

Valembois, Víctor, “Actualidad cosmopolita del concepto de ‘proximidad’ de Yolanda Oreamuno”, texto facilitado personalmente por su autor.